

"Un médico cubano"

Fernando García Acuña, en el recuerdo de su hermano José

JOSÉ ANTONIO MIGUEZ*

Los lectores habituales del *Anuario Brigantino* conocen la atención que hemos dedicado a Fernando y José García Acuña, en los números seis de 1983, ocho de 1985, nueve de 1986, diez de 1987 y once de 1988, de esta importante publicación local, centrada sobre todo en la actividad periodística y literaria de estos dos hermanos, que tanto honraron en vida con su nombre, aquí y en las tierras del otro lado del mar, a su querida ciudad de Betanzos.

Fernando García Acuña fue, como se sabe, un periodista y poeta romántico relevante, cuya actividad se desarrolló casi exclusivamente en la ciudad y en la comarca mariñana –tierra para él de adopción, pues había nacido en Macuriges, isla de Cuba, en 1861–, batallando continuamente en la prensa auroral de finales de siglo en favor de la dignificación y el progreso material y espiritual de Betanzos. José García Acuña, ya tratado por extenso en nuestros estudios de los *Anuarios*, números nueve y diez, de 1986 y 1987, respectivamente, fue un escritor polifacético, periodista, novelista y ensayista, que compaginó muy bien los deberes de su carrera consular en los países de la América Central –donde permaneció gran parte de su vida– con la colaboración constante en revistas y periódicos americanos. *Excelsior* y *El Día español* de Méjico, y el *Diario de la Marina* de la Habana, fueron sin duda los periódicos donde más se prodigó, escribiendo ensayos sobre los temas más variados, la pluma de aquel a quien el escritor galleguista Antón Villar Ponte calificó un día, no sin cierto fundamento, de "admirado polígrafo". La íntima relación de José García Acuña con su hermana menor, Juana, casada con el comerciante José de Castro Dans, establecido en La Coruña –hogar donde José García Acuña halló el calor humano que necesitaba en los últimos años de su vida, después de su fracasado matrimonio– nos ha permitido recuperar algunos de sus trabajos y, entre ellos, los ensayos y artículos periodísticos que José García Acuña publicó en los periódicos de Méjico y La Habana –muchas veces incluso como editorialista– y que, afortunadamente, sus sobrinos Julio y Luis de Castro-Acuña, que todavía viven y ojalá sea así por muchos años, conservan como un verdadero tesoro. Esos textos amarillentos, con recortes de *Excelsior*, *El Día español* y el *Diario de la Marina*, contienen artículos que aún se leen con curiosidad no exenta de interés, porque revelan la extensa cultura de un hombre que sirvió durante tantos años a su país con lucidez de ideas y un corazón limpio, generoso y exigente y, hasta en muchas ocasiones, apasionado por su quehacer diplomático en defensa de España y por su irrenunciable actividad en el campo del periodismo.

Hoy quisiéramos traer aquí, a estas páginas del *Anuario Brigantino*, la reproducción de un artículo del *Diario de la Marina* de La Habana, en el que José García Acuña, luego de transcurridos más de veinticinco años, hace el elogio póstumo de su hermano Fernando, del médico y del hombre sobre todo, del ser humano que se en-

* José Antonio Miguez es Doctor en Filosofía y Letras y fue Catedrático de Lengua y Literatura españolas en el Instituto de Bachillerato "Francisco Aguiar" de Betanzos hasta la fecha de su jubilación académica. Actualmente es asesor del *Anuario Brigantino*.

grandece ante sus ojos por su fuerza moral y espiritual, por su comprensión del dolor y de la miseria humana, por su profundo amor a esta tierra de Galicia en la que sabía que iba a morir, vencido por aquella enfermedad romántica, la tuberculosis, a la que él mismo como médico tanto había ayudado a combatir.

El artículo de José García Acuña titulado *Un médico cubano*, pero al que cuadraría mejor el título *Un médico cubano, moribundo de amor en Galicia*, es un patético retrato de su hermano, Fernando García Acuña. Los datos que nos faltaban para completar la breve biografía de este gran periodista y poeta romántico, que ya en vida había expresado el deseo de que sus restos mortales reposasen en Betanzos, transparecen con estremecido fervor, con una hondura humana tan sentida y literariamente expresada, que nos resistimos a recortar el artículo, pieza admirable toda ella que no sólo constituye un elogio fúnebre, póstumo, sino el reconocimiento pleno de la grandeza y la miseria humana, y aún más, como se dice textualmente en el artículo "de cuanta dulzura hay en pensar de qué manera la secreta simpatía del corazón cubano hacia el corazón gallego puede hacer milagros de bondad, de salud y de riqueza".

Allí, junto a la ventana de su casa de Betanzos, José García Acuña no imagina, sino que recuerda con extraordinaria precisión al hermano querido, de rasgos románticos, que ya está en trance de abandonar este mundo, vencido prematuramente por el dolor y la cruel enfermedad. La descripción del momento vivido es perfecta y José García Acuña, al revivirlo y expresarlo, construye el mejor esbozo biográfico de su hermano Fernando, dándonos una imagen del hombre y del médico que había entregado su alma y su corazón a los demás, un corazón doliente y desgarrado que amaba con el mismo amor a Galicia y a Cuba.

La descripción es sin duda larga, pero vale la pena leerla en su integridad para apreciar la sensibilidad exquisita de José García Acuña a través de una prosa difícilmente superable en la expresión de sus sentimientos, prosa que es un grito de la conciencia ante el generoso ejemplo de un hombre, su propio hermano, que consagró todas sus fuerzas, sus débiles fuerzas debemos decir, para liberar del dolor a tantos seres sufrientes en esta su querida patria de adopción.

He aquí, reproducido literalmente, el artículo de José García Acuña:

UN MEDICO CUBANO

de Habana

Yo tuve un hermano, de más edad que yo, cubano de nacimiento y médico de profesión y vocación. Murió tuberculoso cuidando a tuberculosos. Yo recuerdo aún, vagamente, velados por la lejanía de la imagen y la melancolía de la eterna separación, los rasgos acentuados de su fisonomía moral, ennoblecida, aureolada, por el propio dolor y el diario trato con el dolor ajeno. Tengo presente todavía en la impalpable retina de la conciencia, cierta escena íntima en la que por misteriosa sincronía de las cosas, el sereno y majestuoso ocaso de una tarde otoñal presidía el lento desfallecer de una vida noble y bella, que se extinguía con callada y honda tortura, diluyéndose en el prematuro ocaso de una juventud truncada por el inexorable destino. Hallábase sentado

junto a una gran ventana inundada por la luz pálida del crepúsculo. Tenía la varonil cabeza, de aire y rasgos románticos, inclinada sobre el pecho. Sobre su alma pesaba la tristeza de cuanto, en el incansable ejercicio de su augusta profesión, había visto y oído en escenas y trances de dolor y angustia. Cuando todavía podía salir y dedicarse a ella con el ardor de un proselitista, con el entusiasmo heroico del apostolado, iba de aquí para allí en su cochecillo, que guiaba él mismo, al trote corto de un pequeño y nervioso caballo del país, a visitar su numerosa clientela, compuesta en su mayoría, de tuberculosos. Con sus manos finas y descarnadas tocaba suavemente, con dulzura de hermano, otras manos febriles y huesudas, que temblaban como una pavesa calenturienta; se inclinaba para auscultar pechos hundidos y sudorosos y sorprender allí la disnea sintomática; oía con pena inmensa los golpes secos de tos que se seguían, se precipitaban, se atropellaban, cortando la respiración del enfermo; escuchaba con infinita paciencia, llena de intensa conmiseración, las quejas lastimeras y prolongadas, los lamentos inacabables de los que se desolaban por no mejorar, de los que se desesperaban por ir peor, de los que clamaban al cielo en torturadora protesta contra el desenlace fatal que se acercaba con implacable y lento caminar de sombra... Y con su mirada sugestiva, con su palabra calma y serena, con todo lo que en él había de fuerza moral, de plena conciencia del deber, trataba de reconfortar a aquellos desdichados a quienes torturaba el miedo a morir, de calmar su excitación febril, de endulcorar su amargura sin piadosas mentiras, sin temerarias promesas que habían de quedar desmentidas al día siguiente. Les estimulaba a ser pacientes, serenos y dignos ante el dolor; les decía que cuando se "quiere" sentirse mejor, con energía intensa, con toda la fuerza de la voluntad, se logra siempre mejorar, y que uno de los secretos que permiten librarse de la muerte prematura es no querer morir. Y ante los incurables avances de la tisis, ante las espantosas miserias de tantos pobres seres devorados por la tuberculosis, sometidos al suplicio dantesco de sentir minada su vida por el lento roer del terrible bacilo, más de una vez había visto realizarse el suave milagro que era norte y guía de su espíritu franciscano: había visto a los enfermos calmarse, serenarse, recuperar fuerzas, ficticias sin duda, pero momentáneamente saludables, y finalmente sonreír, mostrar la faz alegre a una vaga y luminosa esperanza; había visto cómo su presencia, su voluntad del bien, su propia tranquilidad y fortaleza de espíritu, bastaban para lograr que sus enfermos experimentasen cierta mejoría, sin tomar medicinas, sin acudir al empirismo de la farmacopea, sintiéndose tranquilizados y llegando hasta a sentir una especie de excitación venturosa y alegre. Conocía las rarezas de esta terrible enfermedad, rarezas que hacen del tísico un ser aparte, capaz de esperar y sonreír a la vida hasta el último soplo de sus pulmones destrozados; y las conocía porque su firme voluntad del bien, su espontáneo altruismo, unido a la cariñosa fascinación de sus ojos y de su palabra, intensamente tropical, sabía dominar, sabía exaltar, sabía apresar dulcemente el alma voluble y blanda de los enfermos. Pero el es-

fuerzo de algunos años, sobre todo de los más recientes, consagrados por entero a la desesperada lucha con la terrible plaga de nuestro siglo, con la "peste blanca", esfuerzo más prolongado cada vez, le había abatido definitivamente, postrándole y derribándole, como si sintiera penetrar en sus entrañas el hacha del leñador que elige en lo más cencido del bosque el árbol más hermoso para herirle con mano certera e implacable.

Una inmensa laxitud deprimía sus rasgos, abogataba y entorpecía sus miembros, desmadejaba todo su ser, derribándolo como un montón de cosas inanimadas en el hueco tibio del gran sillón, trasunto anticipado de la honda cavidad del sepulcro, al que se abandonaba, hundida la cabeza en el pecho, entornados los párpados, prolongado el armonioso perfil marfileño, las manos suavemente posadas sobre los brazos del asiento, manos finas, delgadas y transparentes, que más que ninguna otra cosa de su ser, parecían haber concentrado en la saliente urdimbre de sus nervios y sus venas toda la inmensa laxitud, toda la tristeza inconsolable de su espíritu. . . . /

Su última visita, la que cerrara el ciclo doloroso de su peregrinación profesional, había sido consagrada a una pobre muchacha tuberculosa. Vivía en una casa de azulejos, en un bajo lóbrego, de suelo terroso, casi sin sol. En el fondo del corredor angosto y húmedo, en una alcoba sin luz ni ventilación, hermética y negra como un calabozo, la pobre muchacha tísica se consumía, torturada por la tos, bajo la presión lancinante y abrasadora de la fiebre. La miró, la auscultó una vez más —la última,— acarició su cabeza exangüe, de mártir, con caridad infinita, y la besó en la frente dulcemente, paternalmente.

Y salió de la casa con el corazón oprimido, con la entraña traspasada de dolor. Al llegar a su morada, confortable y limpia, tuvo un ataque de hemoptisis. Sus manos, diáfanas de caridad, hechas para alzar todos los días la copa del dolor, santificado por la fe, sobre todas las miserias humanas, se clavaban en su pecho como si quisieran abrirlo para mostrar el tesoro de ternura y abnegación que guardaba dentro. Cuando, pasada la crisis, pudo hablar, me dijo con voz empapada en lágrimas de amargura:

—¡Qué horrible sino el de esta hermosa tierra de Galicia, mi patria de adopción, la patria de mis hijos y la que va a ser tumba de mis restos! Emigración. . . tuberculosis. Los que se van, emigrados, que piensen en los que quedan aquí enfermos, y en los que, heridos allá del terrible mal, puedan tener al menos la ventura de venir a rendir su espíritu en el regazo de su madre, la tierra gallega. Yo, médico cubano, emplearía, consagraría mi vida entera, mis recursos, mis esfuerzos, mis ansias todas, en esa tarea. ¡Cuánta dulzura hay en pensar de qué manera la secreta simpatía del corazón cubano hacia el corazón gallego puede hacer milagros de bondad, de salud, de riqueza. . . ! El oculto e incontrastable esfuerzo del humilde bodeguero, del pobre dependiente gallego, que con su labor de infusorio va cimentando la cordial solidaridad de dos pueblos y dos almas, sirviendo de formidable punto de apoyo a la admirable capacidad intelectual del médico cubano, ¡qué portentosos milagros haría! ¡qué maravillosas perspectivas ofrece!

Vencido por el esfuerzo, el médico cubano, postrado por el mal de la tuberculosis, calló por largo rato. Su faz vuelta hacia el occidente, por donde huía el sol, iluminando con el lampo de su oro, empalidecido por el crepúsculo, la ruta heroica de los emigrantes, se iba cubriendo de una lividez mortal, que la fatigosa y anhelante respiración coloreaba de cuando en cuando con fugaces reflejos sanguinolentos. Y, al fin, sin poder contenerse ya, rompió a llorar...

¡Yo mojo hoy mi pluma en aquellas lágrimas para dedicar un piadoso recuerdo a un médico cubano que murió en Galicia, queriendo con el mismo amor a Galicia y a Cuba!

José G. ACUÑA.

Mucho más que lo que nosotros hayamos podido decir en nuestros anteriores trabajos sobre Fernando García Acuña, esta estampa tan viva y desgarradora, pero a la vez tan serena, con la que le retrata su hermano José, nos acerca al hombre en su misma vida interior, en su flaqueza de hombre herido que sólo espera el juicio de Dios cuando ya no le es posible volver a cantar quejumbrosamente el amor, con lirismo de elemental pureza, como había hecho en las hermosas estrofas de su poema *Remémber*, incluido en su colección de *Orballeiras*:

*Ya sabes lo que he sido y soy hoy en el mundo,
un pobre peregrino en el desierto errante;
estrella sin espacio, un alma agonizante
que vive si le prestas,
mujer, tu inspiración.*

*Y, sin embargo, existo cual ola que a la playa
en sordas tempestades empuja el mar bravío;
existo para amarte, por siempre, encanto mío,
arcángel de mis sueños,
mitad del corazón.*